

LA PERA MADURA

El asfítrio (Ed. Planeta, 1987) viaja en helicóptero amarillo. Saca billetes grandes, cuando se le antoja, de bolsillos de chaquetas caras como todo lo que usa, incluyendo a las mujeres, las que de estilo pontero o angelical, es capaz, además, de compartir con su invitado. La comida resulta importantísima para este asfítrio que sabe muy bien qué vino armoniza con el caldillo de congrio o qué licor remata en una suntuosa cena compuesta de langosta y otras delicatessen nacionales. Porque el asfítrio es chileno aunque empieza por desplazarse en Alemania del Este, para seguir, sin quedar muy claro cómo, hasta los más criollas vericuetos de Talca, el Portal Fernández Concha Santiago y los espacios menos ventilados de la rambla santiaguina Bolsa de Comercio.

Y algo más aún, quizá lo más importante: el asfítrio tiene una larga forma y negra historia que trata de esconder con mucha manta, tal cual el demonio la colá, en los tradicionales cuentos infantiles.

Sólo que el El asfítrio de Jorge Edwards no está dedicado a los niños ni tampoco a los adultos ingenuos. Por el contrario, malicia e ironía se deslizan resplandor por medio de la última novela de nuestro columnista a cargo de Ilegas de Pati, y que en ésta también sabe colar con maestría los absurdos risibles—aunque muchas veces dolorosos en el fondo—de la gente y las cosas.

El personaje en cuestión no podía pertenecer a la especie de los hombres providenciales. El país ya había sufrido demasiado con la acción de los iluminados, los redentores, los salvadores de la patria, grandes y chicos, de un extremo del espectro político y del otro. El personaje de hoy, por consiguiente, debía infundir confianza a todos, tranquilizar a todos, curar heridos mediante la sola irradiación de su presencia equivalente a un bálsamo, y para lograr eso necesitaba alcanzar una síntesis muy difícil. Tenía que hacer conjur una combinación rarísima de carisma y mediocridad: unir los dones siniestros, la chispa divina, con esa mediocridad, esa vulgaridad no exenta de astucia, esa uniformidad gris, que los habitantes de la angosta faja del territorio, con unanimidad desconcertante, odiaban de todo corazón y al mismo



Portada del libro *El anfitrión*, novela satírica de Jorge Edwards que observa a los chilenos en busca de su peor destino.

tiempo odiaban, o por lo menos veneraban, puesto que toda salida de esos andares les producía, junto con una morbosa fascinación, una desconfianza insuperable, un sentimiento de hostilidad virtualmente homicida.

El personaje que El asfítrio encuentra, tras desplegar todos sus demoniacos recursos, para el Chile en busca de su peor destino, se llama Faustino Piedrabuena Rodríguez: pobre Faustino, pobre Chile y pobre, de alguna manera, Jorge Edwards, cuya implacable mirada de hombre sin prejuicios—políticos o de los otros—ninguna grandeza encuentra en este país que a la postre sólo puede vanagloriarse de su cordillera y de bien poquito más.

La desolación no corre por pura cuenta chilena. Haciéndole contrapunto, Alemania del Este sale igualmente mal parada, y quizá peor: una gran covacha protegida y ordenada, es cierto, pero gris, aburrida y desesperanzadora hasta hacer que el más mínimo dementio pareciera seductor al exiliado telquino en Berlín.

Enluciendo el Fausto chileno con su mefistófólico asfítrio en aquella máquina, "placenta vertiginosa, como la ballena de Jonah, que podía conmiser a cualquier parte", la sibonía de Talca natal del viajero

proveniente del realismo socialista no está exenta de temores: "Conocía tantas historias de apocalípticas ciudadanzas que se habían transformado en enemigos, en fieras desencadenadas, porque les habían tocado el bobillo, o porque podían haberles tocado el bobillo, si hubieran tenido bobillo..."

Talca la sufre, sus alrededores y por fin Santiago en sus eternas de peor deshacerse, reciben al furtivo visitante, que a propósito de un atentado de sicarios califica terrorista que entonces sucede, adquiere a ojos poco propicios de la inquietud, un perfil heroico que jamás perteneció a Faustino Piedrabuena.

La comedia de equivocaciones sigue a bien construido curso, sin que ni El asfítrio ni Jorge Edwards suelen un segundo la mano blanducha, como todo él, de nuestro antítesis brasílico. Pero como al autor no le gusta omitirse la ironía, nunca permite olvidar que en su infinita mediocridad que lo califica como líder supremo de Chile, Faustino es su colega en Derecho, que estudiaron ambos, y en Periodismo y Letras.

De ese "aserrín leguleyo", del que se alimentaron primero, resurge Faustino para inquiren cuándo recuperaría su pasado si le firme el pacto a su asfítrio y así se convierte en el otto que se pretende. Al saber que se trata de un comite de duración indefinida, pregunta por cuál de los dos pasados, entonces, habrá de juzgarse. En el juicio definitivo. Porque aunque comunista, del Juiz o Final no se escapa nadie. Pretender otra cosa sería una tintineada.

Humor negro y novela siguen su curso por rudos insólitos cañones que a las finales conforman un círculo abolidante. Allí aprendidos, curiosamente, no sólo parecen estar los del libro, sino también el que lee. Y todo Chile. Y el realismo socialista y la democracia, con y sin apellidos. Tal cual si al conjuro novelístico, ojos ojos más abiertos, a pesar de la risa, nos permitieran verlos en una clementina semejante a la del loco que se lanza de cabera del árbol, porque se siente como la pera madura. ■

AUTORÍA

Romero, Graciela

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La pera madura [artículo] Graciela Romero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)